

San Agustín y la interioridad del alma

Así como el niño en su proceso de progresivo desarrollo, pasa por diversas etapas, la primera de las cuales es el contacto con el mundo externo, y sólo años más tarde penetra en su interior hasta darse cuenta refleja de su propio «yo», asimismo la humanidad en los diversos períodos de cultura por los que ha atravesado, presenta diversos procesos de sucesivo desarrollo. Sucedió por ejemplo con la filosofía helénica, que después de un período cosmológico, en el que los hombres se admiraban y preguntaban ante todo por el cosmos, sólo ulteriormente se inició con Sócrates y Platón el período antropológico, en que precisamente para hallar la explicación a la pregunta sobre el mundo externo, empezaron preguntándose por esta realidad interna que se dirige a sí misma la pregunta, y que es el mismo hombre.

También en la exposición y más profunda comprensión de las verdades de la Revelación cristiana había de llegar el día en que el hombre dirigiese la atención al interior, para descubrir allí qué resonancias despiertan dentro del alma los grandes misterios revelados por Dios. Es decir, además de la exposición del dogma trinitario, con un proceso de sucesiva y más explícita formulación, que fragua en el siglo tercero, se necesitaba en la Historia del Cristianismo, un genio que se volviese hacia su interior, para escuchar ahí los ecos de este Dios revelado, y percibirlo como Aquel que es «intimior intimo meo», «más íntimo que lo íntimo mío», como dijo San Agustín, que fué precisamente este genio sin par.

* * *

Pero son dos las actitudes más fundamentales que pueden tomarse al establecer contacto con San Agustín y con sus escritos sobre la interioridad del alma.

I. Ante todo, la actitud de aquél que no pretende endiosar lo íntimo del hombre, suplantando a Dios por un sustituto humano. No. De fuera de nuestro ser viene el principio de la vida, tanto en el tiempo, como en la consecución ontológica; y de fuera nos viene también la Revelación divina y las pruebas históricas, con las que se nos manifiesta. No niega esto la actitud que ahora examino. Lo que hace es manifestar todas las con-

mitancias que halla la Revelación en nuestro ser; los profundos ecos que en él despierta; el maravilloso complemento que ofrece lo sobrenatural para lo natural, de tal manera que lo sobrenatural perfecciona la naturaleza humana, hasta en su propio orden, además de elevarla a un orden superior. En este sentido San Agustín es el genio sin par del Cristianismo, y es de una modernidad perenne, de que no gozan ni los mismos modernos, con su incesante y mutua destrucción.

II. Otra actitud hay también ante San Agustín, y es la actitud subjetivista de aquél que empieza endiosando al hombre, poniendo en él la raíz de la justificación (con una fiducia ciega), la raíz del criterio de lo revelado (con el libre examen), la raíz de la gracia (aunque parezca paradoja decirlo: por sentar que en el hombre hay una «exigencia» de ella, como consecuencia de haber antes rebajado tanto la naturaleza y su libertad, que el estado de naturaleza pura se hace impensable), la raíz de la revelación misma (poniendo en el subconsciente humano la causa de la fe y de los dogmas). Esta actitud ha sido por desgracia la del protestantismo, con sus amargos frutos llamados «jansenismo» en el siglo XVII y «modernismo» en el XX, y que son dos absurdos intentos de acomodar un protestantismo vergonzante y disfrazado, para uso de los católicos. Estos han querido también acudir a San Agustín, pero no para ser instruidos y hallar la verdad, sino para hallar en él cómo justificar sus prejuicios.

Dejemos de pensar en estos momentos en esta segunda posición; reparemos sólo en la primera. Con sólo ver con cuánta razón y verdad San Agustín es el fundador de la ciencia de la interioridad, comprenderemos por qué lleva tras sí la atención de todos, tanto protestantes, como católicos; tanto racionalistas, como fideístas.

Las principales revistas y academias del mundo dedican este año, XVI centenario del nacimiento de San Agustín, números y conmemoraciones a su recuerdo.

También el *Instituto Filosófico de Balmesiana* conmemoró en los primeros meses de 1954 con un cursillo sobre la ciencia de la interioridad, esta celebración centenaria; cursillo del que este número de *Espíritu* recoge un eco, para que las palabras, que vuelan fugaces, se fijen y perduren en estas páginas.

Tomando la primera y noble actitud, San Agustín hará que nos dirijamos a nuestro interior sólo para descubrir allí las huellas de Aquel del que decía que es «intimior intimo meo».